

EL CUARTO JUGADOR

XAVIER CARBONELL

El primer jugador acudió temprano, organizó las fichas y ajustó los utensilios —era un hombre metódico—: los gruesos espejuelos, la libreta para anotar los puntos y un lápiz masticado por los nervios y la vejez.

Observó, no sin fastidio, que la ausencia de los otros en el salón de la veterana logia era atributo de su falta de interés, de su premeditado y sardónico descuido. Si no hubiera sido él un caballero, un sujeto leal y de palabra, habría abandonado el templo, dejando tras sí la venerable reja, los cerrojos oxidados, el musgo fresco y demoledor de la fachada.

Son las dos, comprobó con desgano. La ausencia se encharcaba alrededor de él, tomaba la forma del polvo, se adhería a las mesas de caoba. Para distraerse, desordenó las fichas y arrancó una página en blanco del cuaderno. Partió y volvió a afilar la punta del lápiz. Caminó tres veces alrededor del edificio, con inquietud canina.

Una vez cumplido el ritual, acomodó un sillón en el portal de la logia, donde corría una brisa amarillenta y tibia. De nada valía mirar de nuevo su reloj.

Al segundo jugador, que era músico, le gustaba limpiar al mediodía el viejo metrónomo de su biblioteca. Había algo funerario, ominoso, en la oscilación del aparato. Derecha e izquierda, tac, tac, un compás tras otro. Lo dejaba así un rato, mientras olvidaba el repiqueteo e intentaba tomar una siesta ligera.

La biblioteca era el único espacio que le quedaba en la casa. Lo demás estaba tomado, fuera de su dominio y, por lo tanto, territorio hostil.

No le permitían materializarse en la cocina, donde su mujer fingía no escucharlo; le habían vedado el paso al baño, y él se había improvisado un sumidero en el jardín; al regresar una tarde de la logia había encontrado la puerta de su cuarto tapiada, como si de su interior saliera la peste de la ausencia, de la nada, y ninguno de sus familiares estuviera dispuesto a tolerarla.

De manera que solo la biblioteca —sus nutridas estanterías, sus modelos de carros en miniatura, su intocable y polvoriento ajedrez— se ofrecía como refugio o salón de espera antes de acudir, con entera paciencia, al juego de dominó. Cuando se despertó del letargo vio que el metrónomo se había quedado sin cuerda.

No le gustó el presagio.

Del tercer jugador no puede afirmarse que fuera un hombre infeliz, pero nunca alcanzaba la plenitud o la consumación de ningún asunto. Era, por así decirlo, un tipo sin terminar. Mulato fino, elegante, pulcro de camisa y aficionado a pequeñas liturgias como fumar tabaco o la ordenación de los muebles de su oficina.

Los años pasaron por él con benevolencia, no tenía canas encaracoladas y el remedio de su incipiente calvicie era una boina, invariablemente encasquetada en su cráneo bien moldeado. Le gustaban los espejos y limpiar con fruición sus bifocales, aplicando sus yemas vigorosas, exactas, sobre el cristal.

Cada uno de estos gestos, sin embargo, era empañado por un detalle cabrón e inevitable: una mancha en la camisa, un rayón en el borde de los cristales o que su mujer se quedara inerte —y esta era, en verdad, su obsesión más desesperada— cuando practicaban su rutina amorosa. La esposa asumía en este particular una rigidez estatuaría, mientras él pugilataba igual que un veinteañero o un toro joven.

Al término de esta íntima injusticia contra sus esfuerzos, estropeado como potro en el establo, cargaba con el inventario de sus frustraciones hacia el juego de dominó, en el cual, desde luego, siempre perdía.

Lo que tenían en común estos tres hombres era un rencor secular y agresivo hacia el cuarto jugador. De este último no hay mucho que decir: se encontraba sumergido en una especie de aburrimiento cálido, familiar, que se parecía bastante a la felicidad. Ninguno de sus tres colegas le perdonaba, sin embargo, su pericia en el dominó, su explosivo —y francamente insoportable— buen humor y una vitalidad insolente, que se le acumulaba en su barriga de bonachón.

Las maniobras para distraerlo de su bienestar fueron varias y de grado creciente.

Al final de las sesiones lo dejaban solo, abandonado como un trasto en el sitio — tendía a quedarse dormido durante los rituales—, y procedían a cerrar la puerta y tupidamente los agujeros de las llaves con bulticos de papel ensalivado. Otra vez, convidaron a todos en el templo a una caja de excelentes Montecristos, y el orden de la repartición estaba expresamente manipulado para que le tocara el peor, el de la capa rota, agujereado a propósito por el comején.

Espejuelos robados, libros cambiados de lugar, falsos recados, fotos movidas, llaves arrojadas a lo profundo de los caños. La lista de pequeñas venganzas era dilatada, y el despliegue de la maldad, minucioso.

No quisiera formar en el lector una opinión perversa de los tres primeros jugadores. Eran hombres viejos, acongojados por el tedio, para los cuales atormentar a su cuarto colega —recordarle sus deberes incumplidos hacia la cofradía— era un derecho que dan el tiempo y la amistad.

Sin embargo, debo contar cómo los tres jugadores perdieron la paciencia y sucumbieron, sabrá Dios por qué motivo, a la tentación de eliminarlo. Quizás fueron víctimas de la impaciencia del primero, cuyo sentido de la puntualidad había sido humillado. Quizás los trastornó la urgencia ante la muerte y la nada del segundo,

angustiado por los agujeros del metrónomo. O es posible que nuestro viril mulato, tercero en la mesa, haya pretendido restaurar su orgullo con un acto de violenta masculinidad.

La tarde de los hechos, como creo haber contado, se habían dado cita en la logia para amedrentarlo con el rechazo.

Por eso, cuando finalmente llegaron todos los jugadores, hicieron frente común contra el cuarto, que debió sentarse sin compañía, extraviado, en uno de los sillones del portal. Esto había sucedido antes, pero la constancia de los compañeros parecía haber hecho mella esta vez en la voluntad del hombre, y de su cara se había apoderado una extraordinaria desolación.

En la noche celebraron el éxito de su artimaña. Decidieron llevarla a un nivel más arriesgado y, por lo tanto, aleccionador.

Rellenaron un revólver con trapo y pólvora, prepararon sogas para amarrar al cuarto jugador y darle el susto de su vida. Sigilosos como niños emboscaron la casa, en la cual el hombre, aún poseso de la misma tristeza que lo había asaltado en la logia, se encontraba derrotado en el sofá, sorbiendo despaciosamente un puro.

Las tres sombras espionaron por la ventana hasta que el cuarto jugador se encerró en sus aposentos. Procedieron examinar la puerta y la encontraron convenientemente abierta. Pegaron los oídos a la madera, sin percibir otro sonido que un tic, tac, muy parecido al del metrónomo —observó el segundo jugador—, pero más seco, con mucho más nervio y tensión.

De pronto escucharon un fogonazo.

Aún resonaba el eco en las paredes cuando atravesaron el umbral de la habitación y los paralizó el espectáculo. Adelantándoseles incluso en el deseo de morir, el cuarto jugador se había pegado un balazo, que ahora afeaba con una circunferencia prieta el tabloncillo del techo. Los falsos asesinos salieron del domicilio del difunto, antes de que llegara la procesión de familiares, policías, forenses y enterradores que suelen aparecer en estos casos, y que son los pilares secretos donde se asientan la sociedad y las buenas costumbres.

Está de más decir que, al día siguiente, los jugadores arribaron a la logia con horas de antelación, consternados, sin sosiego. El edificio los recibió apagado, sólido en su materialidad. Mientras que ellos se escurrieron como arena por las cerraduras y rendijas, con una levedad espectral. Los sillones se les cayeron de las manos y el agua no les entró por la garganta. Habían olvidado que los fantasmas no están aquí para darles disgustos a los vivos y esa culpa les pesaba como un grillete en el pescuezo. Pero este, como habrá supuesto el lector, no es el relato de una tragedia, sino la historia de cuatro que se juntaron para celebrar un juego que duró más que la vida.

Por eso, cuando el cuarto jugador atravesó el portón de la logia —puro en mano y sonrisa fresca, como la tienen siempre los muertos nuevos— lo recibieron con alivio, con merecida devoción.